



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10897

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 2 DE MARZO DE 18'8

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette-rue Casartan 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vias, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

AVISO

Del 15 al 20 del corriente mes saldrá para Málaga el conocido y afamado

DENTISTA ITALIANO

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI, y estará ausente hasta la feria, en cuya época regresará para atender á su numerosa y distinguida clientela.

Consulta permanente.

Calle Honda, 11, principal.

¡ESPAÑA!

I

Alboreaba el turbulento reinado de doña Isabel II y ya el sol de la fortuna no alumbraba á aquella altiva España que empapada en su misma sangre, no veía en su toro más que el negro crespón de la muerte... Esquilados sus pueblos, mermadas sus colonias, agotados sus tesoros y destrozadas sus escuadras ¡qué podía ya esperar la que fué dueña del mundo! La guerra ardía como un volcán en medio de la Europa que contemplando atónita el mas horrible cuadro de la tierra, admiraba á aquel sufrido y desarropado ejército, que sin un momento de reposo luchaba cada día con más ardor

en aras de su reina á razón de dos reales diarios el soldado y un napoleón en Pascua los oficiales cuando se lo daban moneda francesa! Tiempos de poco trigo, en los que todo escaseaba menos el patriotismo, cuyo ejemplo daban los de arriba sin preferencia en el pago.

Prueba de ello era el duque de Bailén ¡Castaños! Cuando al preguntarle su soberana un día de Reyes en el besamano, porque se presentaba con pantalón blanco, hubo de responderle con su agudeza acostumbrada:—«Señora estamos en Agosto»—fecha de la última paga que había recibido el libertador de la monarquía española! Contestación tan propia de aquel gran soldado, como su respuesta al rey, cuando le preguntó si quería ir á Cuba, y tan ingeniosa como la que dió á Dupont en Bailén, cuando al decirle aquél que le entregaba una espada «que había vencido en cien batallas»—sin mandar tocar la marcha de Cadiz—le contestó labio riente al aceptarla—con más intención que un toro de Gabilra:—«Pues esta es la primera en que ha vencido la mía».

¡Qué estocadas á fondo y qué notas diplomáticas, sin rodeos ni hojarasca ni banderas á media asta.

Atinadísimas respuestas como la que oyó ruborizada cierta hermosa dama muy filibustera del mismo Don Miguel Tacón, único que supo gobernar la isla de Cuba, donde aun tiemblan acaso los autores de aquel pasquin famoso, que amaneció una mañana en el portal de su palacio:—«Este gallo que no canta, algo tiene en la garganta»; bajo cuya inscripción mandó poner el general:—«Este gallo cantara y á alguno le pesará.»—¡Y qué dura fué su mano en castigar tantas maldades!...

Arisco y encopelado cartagenero, tieso como un cardo, que en cuanto pisó la Habana mandó ha-

cer una inmensa cárcel—que aun existe—y hombre inalterable que respondía á las tentaciones mundanas, con el consonante de su apellido!

Aquellos seres providenciales bajaron al sepulcro sin legarnos copias, dejándonos en la cuna una reina niña al cuidado de su madre doña María Cristina, Reina gobernadora, que rigió heroicamente los destinos del Estado, que sostuvo una espantosa guerra de siete años por salvar la libertad de España y la corona de su hija, que á su iniciativa se le puso el pasaporte en la mano á un embajador extranjero que intentó mezclarse en la política española, y que tuvo una ocasión la integridad de la patria.

Por consejo suyo en 1848 se mandó á Italia (su tierra) una respetable aunque pequeña escuadra y un tan brillante ejército—el mejor que hemos tenido—que admiraron las potencias belicosas, y levantaron á gran altura el pabellón de España.

Reina militar coronela del regimiento mas brillante (1) ha conocido Europa, la muger más hermosa y arrogante de su tiempo, que hacia palidecer las más ideales damas de su corte, que hubiera eclipsado á María Luisa y á María Antonieta y que adorada por el pueblo y el ejército que hasta ensueños la aclamaban, parecía ser eterna en aquel patriótico pedestal que socabaron los partidos mismos que lo habían erigido.—Fiarse de los políticos.

Los hombres cambian de opiniones como de camisa y la política—máscara de la mentira—que todo lo envenena y que no es otra cosa que una afección de estómago, había de ser el arma que hizo

(1) Cazadores de la reina gobernadora que organizó ¡Turón!

peligrar la vida de la más liberal de las reinas, y en uno de esos tranques de ardorosa fiebre en que hasta el gato se convierte en liebre, al furor de las iras populares, fué pasto de las llamas el suntuoso y elegante palacio de las rejas!... ¡Mansión fantástica y deslumbradora en la que destellaba desde sus portales la ideal inspiración de la Señora de la casa, donde contemplamos en la primavera de la vida, á la esplendente luz de sus saraos, los incomparables encantos y las indescribibles bellezas de aquella corte que se fué... y no ha vuelto!

María Cristina llegó á ser el idolo de los españoles, y lo mismo revisaba al gran galope con uniforme de Capitán general—montada á la española—aqueellos deslumbrantes batallones cuyos estandartes bordaba por su misma mano, que cogía la aguja para puntear los vestidos de sus hijas, por que como decía su servidumbre rayaba en mezquindad su economía. Bien es verdad que entonces se hilaba muy delgado ó hilaban las Señoras—que no iban tanto á baños—y legian las ropas de sus lechos ó interiores vestiduras que legaban á sus nietos. Esto pasaba en aquellos tiempos en los que una miga de pan era el mejor ingrediente para lavarse las manos, hoy sustituido por esas incitadoras y aromáticas pastillas de jabón de lechuga,—esencia de nuestras basuras—de las que ya no pueden prescindir las elegantes damas, de esponja y panderero, que como en espiral aumentan sus infinitas necesidades.

La muger, que al fin muger, con su atracción magnética, es capaz de perturbar hasta la brújula, y hacer perder el rumbo al más apto marino, no fué nunca el ser más apropiado para gobernar pueblos, porque hay pocas Calalinas y pocas Juanas de Arco, y no era cosa

facil á María Cristina—no obstante su talento extraordinario—libertar á esta desventurada tierra de tanto petardista—que no hay pocos ahora—de tanto buscavidas, de tanto aventurero y de tantos famélicos tutores de la España huérfana, que no tardaron en hacer saltar el tapón de la botella (1) confirmando las últimas palabras del que creyendo aun ver al resplandor de las hogueras del santo oficio los horripilantes verdugos de aquella infame teocracia y conociendo las intenciones de su hermano Carlos—Fernando VII—educó al pueblo español en las corridas de toros para sustraerlo á las predicaciones y á las propagandas del absolutismo, estremándose ya tanto aquel furor taurino, que llegaron á llamarse toros reales cuando presidía el monarca, obligando á los alabarderos á formar una barrera de carne (2) en lugar de las tablas!... ¡Y cuidado con los viehos de ocho yerbas que trasteaba el tal Paquirro, el torero más torero, y más leo de todos los toreros! ¡Montes!

Habia grande de España que no salía del matadero, y á los funcionarios, que abandonando sacratísimas obligaciones, pasaban la vida en las fiestas y en los apartados, dando lugar esto y otras muchas cosas... al dicho de D. Leopoldo y á que un francés dijera... lo que el rubor nacional no nos deja repetir.—¡Dumas!

Los pueblos son lo que quieren ser. Cuando no se respetan á sí mismos, nadie quiere respetarlos, y España que no es una nación seria, ni mucho menos, que va como un furgón de cola á todas partes á remorque de las demás naciones, que ha vivido tantos años como la cigarra de la fábula, empieza ya á sentir no más que el primer sintoma de amargas desventuras, que solo evitar puede un atinado esfuerzo cuyo desarrollo

(1) Frase del Rey.
(2) Pica en castro.

CARLOS II EL HECHIZADO

531

la segur del jardinero, corrió hacia ella, pero ya era tarde... Cayó al suelo desmayada.

Al tiempo de su caída habia tropezado violentamente con una mesa donde se hallaba la bugia que prestaba luz á la habitación, y esta rodó por el suelo apagándose al punto.

Tal fué el ruido, que detuvo al rey cuando estaba ya cercano al balcon.

La mariscala quiso socorrer á su amiga, pero temió por sí misma; temió porque sorprendida en aquel traje, con el cual podía librarse de la inspección de los espías que siempre iban persiguiéndola; temió que su corazón no tuviese fuerzas para resistir la tremenda noticia que acababa de saber, y apesar de su inmenso dolor conoció que debía huir; descender rápidamente por la escala, y esconderse en el fondo de su casa para derramar el rio de lágrimas que se agolpaban á sus ojos?

¿Pero como había de abandonar á su nueva amiga? Entonces ocurrióle una idea brillante y de inmediatos resultados.

Había notado que junto al balcon, y en el ángulo formado por las paredes, pendía un tirador de seda que se comunicaba con una campanilla para llamar.

Derramó una ojeada en torno de la habitación.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 530

«Otros... Saludan á V. M.—Leon Brave, Martin Alvarado y Millan Pantoja.»

Trascurrió un instante de espantoso silencio. Era el precursor del inmenso dolor que iba á desplegarse en aquellas almas tan ulceradas y conmovidas.

El manuscrito que Diana acababa de leer era el postrer grito de tres hombres indomables, resistiendo hasta el final esfuerzo la encarnizada persecución de Asima. La mariscala comprendió la parte que ella tenía en aquel desastre. Los remordimientos y la desesperación subieron á su garganta para ahogarla.

Para ella no había esperanza: conocía el carácter de aquella lucha, y sabía que no podían existir treguas entre el fatídico enviado de Luis XIV y los tres valientes emisarios de la España.

Dió un grito porque no podía hablar.
—¡Oh! ¡mi hermano ha muerto! dijo Ana vacilando.

La desgraciada niña sintió que sus ojos perdían la luz, que sus pies no encontraban terreno donde apoyarse, que sus fuerzas la abandonaban repentinamente y que su cabeza se inclinaba con languidez.

Diana la vió fluctuar como una flor, herida por

CARLOS II EL HECHIZADO

527

—¡Oh!

—Nunca podré llamar con el nombre de esposo al hombre que amo. Barreras insuperables me separan de él, y sin embargo...

Ella se detuvo. En aquellas palabras parecía que se encerraban secretos misteriosos que hicieron temblar á la mariscala. Esta las interpretó de un modo extraño.

—No os detengáis... dijo sordamente. Quiero que nuestras almas se identifiquen hasta lo último. Me dejéis entrever cosas nuevas y anhelo saber el estado de vuestro corazón. ¿Acaso no seáis correspondida?...

—¡Oh! desgraciadamente lo soy. Ese es mi secreto.

—¿Entonces qué es lo que se opone á vuestra felicidad?...

—Todo... Mirad, Diana, mi corazón se encuentra en tal estado que me habeis hecho saltar al objeto principal de nuestra entrevista... He olvidado de mi hermano... y desde de mi infancia juego que me habeis hablado de un pensamiento que se abriga aquí en mi corazón como una llama devoradora... ¡Oh! dejame, esto Aprenderé le abriga bebida del dolor con las noticias que vamos á saber. Vos os preocuparéis con las lágrimas... pero yo...